

# Tras la máscara del fetichismo

■ Por Liena María Nieves Portal

Son pocos los capaces de ofrecer una respuesta rápida cuando se les interroga sobre el tema de este mes. Algunos devuelven una mirada de intriga y otros disimulan con una sonrisa, ya sea por pudor o por elemental desconocimiento. En fin, que no los culpo, porque cuando se habla de fetichismo parece destaparse todo tipo de reacciones adversas: la gente carga con más prejuicios que sensatez y, según pinta el panorama, todos los fetichistas podrían catalogarse de maniáticos o proyectos seguros de asesinos en serie.

La industria del cine y del audiovisual en general tampoco ayuda a «limpiar» el nombre de una tendencia inofensiva y prácticamente limitada a la intimidad de los individuos; de hecho, las conceptualizaciones primarias sobre el tema —que datan de la segunda mitad del siglo XVIII— lo describen como una forma de creencia mística que afianza la devoción hacia determinados objetos materiales o inanimados, a los cuales se les otorgaban poderes mágicos y sobrenaturales, amén de la capacidad de proteger la vida y buenaventura del que portara el amuleto.

Sin embargo, las teorizaciones no culminaron en 1757 con las ideas del erudito francés Charles de Brosses, quien afirmó que el fetichismo constituye el estado más primitivo de la religión, ya que durante los siguientes dos siglos, la filosofía occidental se encargaría de objetar y refundar nuevas especulaciones al respecto. Incluso, Carlos Marx acuñó el concepto de «fetichismo de la mercancía», con lo cual denominaría uno de los componentes cardinales del capitalismo y sus relaciones de consumo.

Entonces, ¿en qué punto de la historia se produjo el salto desde las pautas de la religión hasta el terreno de la sexualidad?

Muchos supondrán, con toda la razón, que Sigmund Freud, el padre del psicoanálisis moderno y profundo investigador del comportamiento humano, fue el responsable de impulsar la nueva visión sobre un fenómeno tan antiguo como la civilización misma. No obstante, en su libro *Tres ensayos para una teoría sexual*, el psiquiatra austriaco lo define en diversos apartados como una manifestación perversa o, en todo caso, el núcleo común de todas las parafilias. El psicoanalista francés Guy Rosolato desarrolló una postura apenas divergente en su texto *Ensayos sobre lo simbólico*, pues en él plantea que el fetichismo resulta una manifestación propia de los problemas que el sujeto tiene con lo convencional y que, comúnmente, deriva en otras tendencias como el sadomasoquismo, el travestismo y el voyeurismo.

Sin embargo, y como decimos en Cuba, «la tapa al pomo» la puso la psicoanalista italiana Piera Aulagnier, quien en la década de los 60 del pasado siglo lo determinó como la última barrera antes de la psicosis; es decir, el fetichismo comprendido a modo de frontera psíquica entre el equilibrio mental y la neurosis.

Basta con revelar lo que dice la ciencia para que la balanza se incline a favor de los que, en este tema, ondean la paranoia y el minimalismo sexual. Bien sabemos que las incomprensiones abundan en



materia de motivaciones y deseos; aunque la privacidad de cada quien constituye un derecho tan elemental como respirar.

O sea, ¿será justo degradar al fetichista a la simplista clasificación de demente? Por suerte, las sociedades cambian, y a la par, evoluciona el pensamiento crítico de la medicina y la psicología.

No todos los males del hombre vienen en el mismo empaque, y el fetichismo ni siquiera se inscribe entre los villanos.

## FRENTE AL ESPEJO

A Disney Rosado Pérez no le «sonó» la palabra hasta que le expliqué en qué consistía. Sin embargo, en ese momento, su respuesta fue más rápida y audaz de que lo esperaba: «Quizás la gente no lo reconozca, pero todos tenemos algo de fetichistas en nuestra vida íntima.

«Parece algo aberrante, y me imagino que resulte muy frustrante para quien habitualmente se comporta de esa manera, aunque nadie puede negar que en la cama nos encienden cosas distintas. Mi afrodisiaco perfecto es el olor a la colonia que usa mi mujer cuando se baña. Verla cómo se la pone alrededor del cuello, con la punta de los dedos, me estimula como pocas cosas, ya que imagino ese olor sobre su piel. Es muy sensual e íntimo, y a partir de hoy, lo llamaré mi fetiche».

Isabella Madruga, de 27 años, también confiesa su debilidad: dejar que su pareja le quite los zapatos antes de tener relaciones.

«Es el primer paso para hacer el amor, una manera de desprenderme de lo que hay de la puerta hacia afuera y entregarme a ese momento. Pasó de casualidad, con una relación anterior, pero el hecho de que la persona que quieres se incline ante ti para tener un detalle tan sencillo, y a la vez extraordi-

nariamente tierno, es algo que me enamora como el primer día. Es posible que a alguien le parezca raro, aunque si fluye la comunicación y hacemos saber lo que nos gusta, somos capaces de reciprocarnos al otro. No hay nada de pervertido en ello, se trata de un hábito particular, no de un vicio».

Según la Organización Mundial de la Salud (OMS), el fetichismo se clasifica como enfermedad cuando dicha conducta resulta frecuente durante un mínimo de seis meses, se recurre a determinados fetiches como potenciadores de la excitación sexual, y afecta en alguna medida la vida laboral y social de los sujetos. No obstante, si la última condición no se cumple, las ciencias médicas lo definen como una manifestación

natural de la sexualidad. Por supuesto, en caso de que provoque algún padecimiento clínico de envergadura o afectaciones al individuo o a terceros, la conducta se redefine como un padecimiento patológico propiamente dicho.

De acuerdo con la tesis de Sigmund Freud, el fetichismo sexual se incluye entre las llamadas parafilias o trastornos de la identidad sexual, que induce la búsqueda del placer mediante un objeto, aroma, prendas de vestir e, incluso, alguna parte del cuerpo. El objeto fetiche desempeña un rol mayúsculo en la sexualidad, pues su efecto «vigorizante» sirve por igual durante la masturbación o el coito. O sea, el asunto se resume en un factor repetido: sin fetiche, no hay excitación.

## ANUNCIO DE OCTUBRE

¿Se han preguntado alguna vez el porqué de la fascinación de la humanidad por los senos femeninos? Si nos ponemos a pensar, fisiológicamente no trascienden más allá de su función como sustento para la alimentación de los bebés y, por supuesto, en el rol de caracteres sexuales primarios. Sin embargo, desde el arte hasta la religión, veneran la belleza del busto de la mujer, y la sociedad impone estándares de éxito que, en apariencia, solo parecen cuantificables de acuerdo con la talla.

Estando esperando sus criterios en el correo [liena@vanguardia.cu](mailto:liena@vanguardia.cu). A partir de septiembre nos encontraremos cada primer sábado del mes, así que, hasta entonces, les deseamos salud, suerte y mucho amor.

Algunos entrevistados exigieron privacidad por lo delicado del tema, como sucedió con David. Bajo este seudónimo, decidí ofrecernos algunas pinceladas de la gran acuarela de su vida.

«He leído muchos libros de psicología y mi caso se describe perfectamente, pero no son cosas fáciles de tratar, ni siquiera con los más cercanos. Mi fetiche no surgió en la adultez, sino en la infancia, y se me hace casi imposible que las muchachas con las que he estado comprendan que no soy un loco, sino una persona normal que necesita un extra de esfuerzo para realizarse en su intimidad.

«Mi madrastra es una de las mujeres más impactantes de esta ciudad, aun cuando casi llega a los 60, y crecí viendo la manera en que mi papá la miraba, con una expresión de adoración y asombro que uno solo espera ver en las novelas. Ese es mi ideal, o sea, su imagen entre los 25 y 40 años, con el pelo claro, a media espalda; zapatos de tacón y vestidos sobre la rodilla que, aunque no eran apretados, la hacían ver irresistible.

«Me gustan los juegos de roles, en los que uno se disfraza o finge ser alguien más, porque conoces cada vez más a tu pareja y, a la vez, vives emociones inexplicables; por suerte, he tenido novias que lo disfrutaban tanto como yo. Claro, mi predilecto es el disfraz de la rubia con tacones, pero es difícil explicar por qué siempre elijo que se vistan así. No se trata de que deseara a la mujer, sino el concepto que representa: una belleza clásica que no me canso de revivir».

Si la psiquis humana fuese un libro abierto a disposición de todo el que deseara hojearlo, borrar capítulos y reescribir epígrafes enteros, hombres y mujeres renunciarían a su placer e identidad por encarnar un personaje que, quizá, se adecuara a las normas, aunque fuera totalmente infeliz. Ni Freud ni la vida tienen todas las respuestas, y la búsqueda de los porqués de lo que no entendemos o compartimos nos aleja de la verdad elemental: somos el producto de las circunstancias, el amor y los misterios de la sexualidad, tan profunda e imprecisa como el universo mismo.

## ¿Sabe distinguir los signos preocupantes del fetichismo? He aquí algunos elementos:

- Si por un período de seis meses ha tenido fantasías, impulsos o comportamientos sexuales con la utilización de algún objeto o prenda.
- Si se observan signos de deterioro de su vida cotidiana debido a impulsos y fantasías sexuales que no puede controlar, pues se transmutan en modelo obsesivo de conducta.
- Empleo de fetiches como zapatos, prendas íntimas u otros para satisfacerse sexualmente. Al final, el acto sexual se reduce a la observación o manipulación de esos objetos.
- Excitación sexual limitada al uso del fetiche.
- Disminución de la actividad sexual con la pareja, centrando su atención en el uso de objetos.
- Baja autoestima, actitud solitaria e introversión, prácticamente incapaz de establecer una relación amorosa con otra persona.

## ALGUNAS CURIOSIDADES

- El término fetichismo procede del latín *facticius*, que significa artificial, y del portugués *feitiço*, traducido como magia o manía.
- Es más usual encontrar a fetichistas hombres que a mujeres.
- Los objetos fetiches más comunes suelen ser prendas de vestir, masculinas y femeninas, especialmente, la ropa interior, la lencería, las minifaldas, los zapatos, corbatas, ropa de baño y las joyas, etc.
- Entre las manifestaciones más extendidas del fetichismo despuntan la capnografía o excitación por observar a la pareja mientras fuma; el retifismo, referente a la fijación por el calzado en general; la altocalcifilia, para los amantes de los zapatos de tacón, y la podofilia, en el caso de quienes se excitan ante la visión de los pies desnudos.